

NEW LEFT REVIEW 138

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2023

ARTÍCULOS

DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Siete tesis sobre la política estadounidense	7
VOLODYMYR ISHCHENKO	¿Voces ucranianas?	33
CÉDRIC DURAND	El fin de la hegemonía financiera	45
PHILIP CUNLIFFE	Los significados del Brexit	65
CHRISTOPHER BICKERTON	Pensando como un Estado-miembro	75
THOMAS MEANEY	Las fortunas del <i>Green New Deal</i>	89

ENTREVISTA

TARIQ ALI & ERNEST MANDEL	En el centenario de Ernest Mandel	117
---------------------------	-----------------------------------	-----

ARTÍCULOS

CAITLÍN DOHERTY	Entre el ego y la libido	125
EKAITZ CANCELA & PEDRO M. REY-ARAÚJO	El experimento de Podemos	141

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	¿El imperio de los hechos?	167
MICHAEL CRAMER	Viento del Este	179
HARRIET FRIEDMANN	Los futuros de la agroganadería	189

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CHRISTOPHER BICKERTON

PENSANDO COMO UN ESTADO-MIEMBRO

ES UNO DE los grandes enigmas de la Unión Europea. Cada vez son más los ámbitos políticos que caen bajo la égida de la UE, pero sin que se construya nada parecido a un Estado soberano paneuropeo. Aunque los gobiernos nacionales parecen ceder cada vez más poderes a las instituciones comunitarias, lo cierto es que siguen controlando firmemente el monstruo de la UE. A pesar de toda la fanfarria que rodea al discurso anual del presidente de la Comisión Europea sobre el Estado de la Unión, la institución dominante que establece la agenda es el Consejo Europeo, compuesto por los jefes de Estado y de gobierno. Las nuevas políticas propuestas por los funcionarios de la Comisión Europea se cuecen en una compleja circulación de documentos políticos gestionados por los representantes nacionales. La idea de vincular el resultado de las elecciones al Parlamento Europeo a la identidad de un nuevo Colegio de Comisarios –con la esperanza de inyectar algo parecido a una política partidista en las maquinaciones tecnocráticas del «ejecutivo» de la UE– fue rechazada por los líderes nacionales. Los Estados-miembro estaban demasiado interesados en preservar su derecho de designación para los puestos más altos de la UE.

Articulada hace poco más de una década, la teoría de la condición de Estado-miembro ofrece una respuesta a este enigma¹. En lugar de pensar en la integración europea como una transferencia de poder de los Estados-nación a una lejana entidad supranacional con sede en Bruselas,

¹ Christopher Bickerton, *European Integration: From Nation-States to Member States*, Oxford, 2012. Véase también en este número, Philip Cunliffe, «Los significados del Brexit», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

deberíamos pensar en ella como una transformación de esos Estados, como un cambio de la condición de Estado-*nación* a la de Estado-*miembro*. Los Estados-miembro, y no los Estados-nación, constituyen la esencia de la UE. Se ha producido una enorme expansión de los poderes políticos de la UE, desde la política monetaria hasta la cooperación judicial, pero los burócratas de Bruselas hambrientos de poder no constituyen la fuerza motriz. Antes bien, esta expansión es producto de los cambios registrados en los propios Estados europeos. No es probable que el futuro de la UE pase por un federalismo a ultranza, ni tampoco por el retorno de los Estados-nación. Veremos una cooperación más profunda entre los gobiernos nacionales, cuya autoridad se ha vuelto inseparable de los estrechos lazos que les unen al resto de los Estados-miembro de la UE.

El Estado-nación y el Estado-miembro son formas diferentes de Estado. Legitimado a través de una relación vertical entre los ciudadanos y el Estado, el Estado-nación evolucionó hacia una forma de gobierno popular una vez que la soberanía nacional y la popular se fusionaron tras la llegada de la política de masas y el sufragio universal. Por el contrario, el Estado-miembro legitima su autoridad a través de su participación en regímenes transnacionales como la UE, justificada tanto en términos de una formulación más eficiente de las políticas como a través de una crítica a la atrofia y el conservadurismo de la identidad nacional y las fronteras nacionales. Mientras que el Estado-nación considera que su propósito es la búsqueda de un interés nacional, el Estado-miembro entiende sus intereses principalmente en términos de su lugar dentro de un grupo más amplio de Estados afines.

La condición de Estado-miembro ha ido surgiendo de forma desigual. Es una abstracción del mismo modo que los Estados-nación europeos eran abstracciones en el desordenado contexto de los imperios multinacionales y los cismas religiosos. El advenimiento del Estado-miembro ha creado una separación tajante entre el mundo de la política electoral, predominantemente nacional, y el de la elaboración de políticas a escala de la UE. Los políticos de los Estados-miembro lidian con la tensión resultante, divididos entre su lealtad a otras elites nacionales a través de las instituciones de la UE y su obligación permanente de representar a sus ciudadanos en el modelo tradicional del Estado nacional. Las elecciones italianas de septiembre de 2022 fueron una ilustración perfecta de esta dicotomía. Supusieron la llegada de un gobierno evidentemente de

derecha radical, cuya capacidad para traducir su victoria electoral en un cambio político significativo se vio muy limitada en casi todas las áreas políticas en virtud de la pertenencia de Italia a la UE. Así, el gobierno de Meloni estará obligado por las promesas del anterior gobierno presidido por Draghi de emprender, a cambio de casi 200 millardos de euros, importantes reformas sociales, desde la transición energética acelerada hasta la reorganización radical del mercado de trabajo italiano y de su aparato productivo. El interés de Meloni por las guerras culturales y sus ataques mediáticos a los barcos de rescate de inmigrantes que intentan desembarcar en las costas italianas son la otra cara de la moneda de un entorno político completamente constreñido.

Nación extrañada

¿Qué papel desempeña el Brexit en la teoría de la condición de Estado-miembro? A primera vista, parece refutarla, al menos en lo que respecta al Reino Unido. Como venganza del Estado-nación provinciano contra el cosmopolitismo paneuropeo, como revuelta de quienes se consideran radicados «en algún lugar» contra el dominio de quienes se consideran ubicados «en cualquier sitio», ¿no ha confirmado el Brexit la opinión comúnmente mantenida de que el Reino Unido solo fue en todo caso un elemento extraño integrado en la UE, presente en cuerpo pero no en alma?²

Esta opinión es bastante fácil de refutar. En muchos sentidos, el Reino Unido era un miembro «incómodo», que se mantenía al margen del euro y de Schengen y negociaba una compleja combinación de cláusulas de no participación y de participación [*opt-outs* y *opt-ins*], pero nunca dejó de ser un Estado-miembro destacado³. Sus políticos y funcionarios nacionales estaban volcados en la elaboración de las políticas europeas y ello incluso en los ámbitos en los que el Reino Unido había optado formalmente por no participar respecto a los cuales sus funcionarios actuaban entre bastidores⁴. Social y políticamente, el compromiso con la UE era firme. El movimiento obrero británico había superado hacía

² David Goodhart, *The Road to Somewhere: The Populist Revolt and the Future of Politics*, Londres, 2017.

³ Stephen George, *An Awkward Partner: Britain in the European Community*, 3ª ed., Oxford, 1998. Para un análisis más reciente, véase el excelente estudio de Stephen Wall, *A Stranger in Europe: Britain and the EU from Thatcher to Blair*, Oxford, 2008.

⁴ Rebecca Adler-Nissen, *Opting Out of the European Union: Diplomacy, Sovereignty and European Integration*, Cambridge, 2014.

tiempo su hostilidad ideológica a la integración europea, aceptando que la mejor defensa de los derechos de los trabajadores no pasaba por las urnas, sino por las intocables decisiones del Tribunal de Justicia de la UE. Y la clase capitalista británica fue una de las más firmes defensoras de la integridad de un Mercado Único en toda regla, viendo en él una oportunidad para extender y profundizar el modelo de crecimiento del Reino Unido, incluyendo su sobredimensionado sector financiero, su dependencia de la deuda privada y su gran déficit comercial.

Es ciertamente posible que, aunque el Reino Unido haya abandonado formalmente la UE, siga siendo un Estado-miembro. Este punto de vista implicaría que los rasgos más distintivos de la condición de Estado-miembro no tienen nada que ver con la pertenencia a la UE, sino que apuntan a algo más profundo, quizá a las patologías del Estado capitalista posdemocrático del siglo XXI⁵. En este caso, la pertenencia a la UE tiene pocas consecuencias reales. Estamos hablando de una categoría de Estado mucho más amplia, que abarca gran parte de Occidente y está vinculada a la globalización de la era posterior a la Guerra Fría. Los Estados capitalistas avanzados sufren una larga crisis de representación política. La salida de la UE no es una panacea. Por otra parte, las estrategias de gobierno desplegadas por los respectivos políticos nacionales en esta era poskeynesiana tienen cierta uniformidad, en particular en la manera en que los efectos del mercado quedan blindados de la intromisión política y en cómo las asambleas legislativas nacionales quedan maniatadas. Esta patologización de la acción política fue uno de los principales resultados intelectuales de la crisis de la década de 1970 y ha tenido amplias consecuencias institucionales, sobre todo en la adopción cuasi universal del banco central independiente⁶.

No obstante, la pertenencia a la UE importa mucho y conlleva sus propias especificidades y particularidades en una era de gobernanza neoliberal. En ningún otro lugar se ha dado rango constitucional a las normas de

⁵ Colin Crouch, *Post-Democracy*, Cambridge, 2004; ed. cast.: *Posdemocracia*, Madrid, 2004.

⁶ Por ejemplo, véase la prominencia de la teoría de la elección pública y la extensa literatura sobre reglas macroeconómicas, tanto fiscales como monetarias. Sobre las normas versus la toma de decisiones políticas, el artículo fundamental es el de Finn Kydland y Edward Prescott, «Rules Rather than Discretion: The Inconsistency of Optimal Plans», *Journal of Political Economy*, vol. 85, núm. 3, 1977. Sobre la conexión entre la liberalización económica y las transformaciones en la gobernanza nacional, véase Alasdair Roberts, *The Logic of Discipline: Global Capitalism and the Architecture of Governance*, Oxford, 2010.

integración de los mercados sin otorgar poderes equivalentes a organismos obligados a rendir cuentas electoralmente⁷. Por este motivo, la transición de «Estado-miembro» a «antiguo Estado-miembro» representa un reto históricamente significativo para el Reino Unido. La salida de la UE amenaza muchos elementos de lo que llegamos a dar por sentado como partes integrantes de un Estado británico modernizado. Tal y como observó el historiador Ross McKibbin, la UE se convirtió «en una parte tan importante de la estructura del Estado británico como lo fue en su día la Unión con Escocia»⁸. Seis años después del referéndum sobre la UE, la sombra de la pertenencia se cierne aún sobre el sistema político británico. La transformación del Estado no es un asunto rápido y el Reino Unido se encuentra todavía en medio de este complicado proceso de transición.

Déficits de legitimidad

Como acontecimiento, el Brexit tiene su origen en las tensiones y contradicciones derivadas de la condición de Estado-miembro, que asumen, no obstante, una forma específicamente británica. Los Estados-miembro son «duros», pero están «huecos»⁹. Por un lado, la condición de Estado-miembro implica el predominio del poder ejecutivo sobre el poder legislativo, como corresponde a un sistema político en el que la mayoría de las decisiones importantes las toman los líderes nacionales y sus funcionarios y no las mayorías parlamentarias. Por otra parte, el europeísmo no basta para legitimar esta situación, ni tampoco el historial desigual de la UE como solucionadora de problemas políticos espinosos. Así pues, los Estados-miembro sufren de un déficit de legitimidad sistemático, derivado de la disociación entre la toma de decisiones políticas y la formación de mayorías y coaliciones electorales. La reacción contra esta situación –en la que se puede cambiar de gobierno pero no de política– se ha convertido en un factor que anima la vida de los Estados-miembro¹⁰. Ello hace que las elites gobernantes se movilizan contra la UE como prueba de su lealtad

⁷ Dieter Grimm, «The Democratic Costs of Constitutionalization: The European Case», *European Law Journal*, vol. 21, núm. 4, 2015.

⁸ Ross McKibbin, «Labour vanishes», *London Review of Books*, 20 de noviembre de 2014.

⁹ Vincent della Salla, «Hollowing out and hardening the state: European integration and the Italian economy», *West European Politics*, vol. 20, núm. 1, 1997.

¹⁰ Sobre la importancia de este hecho a la hora de explicar el declive del liberalismo político en Europa Central y Oriental, véase Ivan Krastev, «The Strange Death of the Liberal Consensus», *Journal of Democracy*, vol. 18, núm. 4, 2007, p. 59.

a los ciudadanos, pero de un modo que también contradice su propio lugar dentro de la propia Unión. El periodista Simon Kuper lo denominó «euroescepticismo de los que se quedan»: un ataque constante contra la UE lanzado por parte de las fuerzas que habitan las estructuras políticas definidas por la condición de ser un Estado-miembro de la misma¹¹. De Alternative für Deutschland y el Movimiento Cinque Stelle en Alemania e Italia, a Action for Dissatisfied Citizens en la República Checa y There is Such a People! de Slavi Trifonov en Bulgaria, la ola populista de las dos últimas décadas ha desempeñado un importante papel estabilizador para los Estados-miembro, ya que ha proporcionado una válvula de escape para la ira, pero sin ninguna perspectiva real de cambio social o político. Las movilizaciones populistas contemporáneas verificadas en Europa son las necesarias compañeras de cama del sistema transnacional de gobernanza tecnocrática que las elites nacionales han construido en las últimas décadas.

Estas dinámicas estuvieron en el centro de la votación del Reino Unido a favor de abandonar la UE, lo cual indica que tales esfuerzos de estabilización pueden resultar gravemente contraproducentes. Gran parte de la ira de los votantes del Brexit se dirigía contra sus propios líderes, que en su opinión habían abandonado la pretensión de representar sus intereses a cambio de mantener relaciones amistosas en los pasillos de las cumbres europeas. Por este motivo, la inmigración se convirtió en un ámbito político tan controvertido. Los políticos nacionales prometían una y otra vez a sus votantes que reducirían drásticamente el número de inmigrantes, al tiempo que reconocían para sus adentros que la pertenencia a la UE hacía imposible ejercer un control real sobre las cifras de la inmigración. El resultado fue una política de inmigración abierta para los europeos, predominantemente blancos, y un muro de ladrillo para todos los demás. No es casualidad que desde 2016 la relevancia política de la cuestión de la inmigración haya disminuido drásticamente, a pesar de los niveles récord de migración neta llegada al Reino Unido: lo que estaba en juego era el control democrático sobre un ámbito político.

Este déficit de legitimidad no fue una razón suficiente para el Brexit. Al fin y al cabo, Europa en su conjunto está dominada por un sentimiento de abandono y exclusión [*left behindism*] –desde la «Francia periférica» de Christophe Guilluy a la «España vacía» de Sergio del Molino– y, sin

¹¹ Simon Kuper, «The EU's Enemy Within: Eurosceptic Remainers», *Financial Times Magazine*, 21 de marzo de 2019.

embargo, la UE no se enfrenta a constantes demandas de salida por parte de sus Estados-miembro¹². Otras causas importantes son el sistema de votación mayoritario de Westminster, que impidió la aparición de una pequeña fuerza política populista euroescéptica dentro del Parlamento británico, que hubiera podido servir de vehículo como canal de expresión de las frustraciones sociales. En repetidas elecciones, el UK Independence Party (UKIP) obtuvo millones de votos, pero sin conseguir ningún escaño parlamentario. Así las cosas, el partido gobernante absorbió directamente las frustraciones, lo que llevó a David Cameron a apostar despreocupadamente por silenciar a los euroescépticos *tories* concediéndoles un referéndum sobre la pertenencia del Reino Unido a la UE.

En el resto de la UE, especialmente en los sistemas más proporcionales, el euroescépticismo goza de cierta representación, pero sin amenazar estructuralmente la pertenencia a la misma. Cuando se forman gobiernos euroescépticos, estos abandonan rápidamente su crítica a la pertenencia a la UE en favor de la consabida guerra cultural nacional-populista contra los enemigos internos en la horma de la emprendida por el Partido Ley y Justicia (PiS) en Polonia. Otra dimensión importante del Brexit fue el estatus de no integración del Reino Unido en la Eurozona. Además de facilitar un lento proceso de desacoplamiento financiero de la City londinense respecto de otros centros financieros europeos, la no pertenencia a la Eurozona también significaba que el Reino Unido no estaba sujeto a las duras constricciones que el euro ejerce sobre las formas más estridentes de euroescépticismo. El veto al nombramiento del apacible euroescéptico Paolo Savona como ministro de Finanzas de Italia en 2018 por parte del entonces presidente del país Sergio Mattarella fue un ejemplo de ello. Mattarella defendió su acción en términos de su papel constitucional, que en su opinión incluía mantener firmemente el lugar de Italia en el corazón de la zona euro. El presidente portugués, Aníbal Cavaco Silva, utilizó un lenguaje similar en 2015, cuando se resistió a las presiones para que el Partido Socialista y el Bloco de Esquerda formaran gobierno. Cavaco Silva citó las críticas de este último a la disciplina fiscal impuesta por la UE y a la pertenencia de Portugal a la OTAN, dos compromisos políticos que él defendía como parte del acuerdo constitucional del país¹³. De manera más contundente, el presidente del Banco Central

¹² Christophe Guilluy, *La France périphérique: Comment on a sacrifié les classes populaires*, París, 2014. Sergio del Molino, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, 2016.

¹³ Christopher Bickerton, *The EU: A Citizen's Guide*, Londres, 2016, pp. 164-165.

Europeo Jean-Claude Trichet, el presidente francés Nicolas Sarkozy y la canciller alemana Angela Merkel conspiraron con el entonces presidente de Italia Giorgio Napolitano para expulsar del poder a Silvio Berlusconi en 2011¹⁴. Cuando la presidenta de la Comisión Europea Ursula Von der Leyen advirtió a Fratelli d'Italia, el partido de Giorgia Meloni, de que no debía intentar interferir en la democracia italiana, sus advertencias estaban en consonancia con una larga tradición de disciplinar a los Estados-miembro recalcitrantes.

Las tensiones existentes en el seno de los Estados-miembro también nos ayudan a entender la lucha política y social interna que presenciamos tras la votación del Reino Unido en 2016. A pesar de las airadas discusiones entre Michel Barnier y David Davis, el principal campo de batalla tras el referéndum no fue el Reino Unido contra la UE, sino los partidarios de la permanencia contra los partidarios del Brexit (los defensores del voto popular y el efímero pero influyente Brexit Party, así como las respectivas facciones existentes en el seno del Partido Laborista y del Partido Conservador). Esto es precisamente lo que predice la teoría de los Estados-miembro: más que una transferencia de poder soberano del nivel nacional al paneuropeo, la integración en la UE es la expresión de una creciente desconexión entre los Estados y las sociedades a escala nacional. Lo mismo puede decirse del proceso de salida de la misma. Mientras que la UE presentaba sus propias posiciones, destinadas a defender la integridad del mercado único, los gobiernos de los Estados-miembro tenían que el Brexit aumentara los déficit de legitimidad a los que se enfrentaban en casa. Lejos de reflejar el poder de un super Estado europeo, la línea dura de la UE hacia el Reino Unido estaba impulsada por el deseo inquebrantable de todos los Estados-miembro restantes de hacer que la salida fuera lo más dolorosa posible con la vista puesta en las voces críticas presentes dentro de la propia UE. La fortaleza de la posición negociadora de la UE reflejaba el compromiso de los ejecutivos nacionales europeos con la misma como su forma preferida de dirigir los asuntos de gobierno. Por esta razón, los 27 Estados-miembro restantes fueron capaces de mantener la línea con tanto éxito a la hora de negociar con el Reino Unido. Este compromiso de las elites con la UE como estrategia de gobierno nacional mantiene unida a esta, hecho que la convierte en un poder formidable en determinadas circunstancias, pero también la hace vulnerable a las transformaciones acaecidas en las relaciones existentes entre el Estado y la sociedad en el seno de los Estados-miembro.

¹⁴ Perry Anderson, «The Italian Disaster», *London Review of Books*, 22 de mayo de 2014.

La sombra de la condición de Estado-miembro de la UE sigue ejerciendo una enorme influencia en la vida política británica y en el Estado británico. Como señala Philip Cunliffe en este número, un solo referéndum no bastó para asegurar la salida del Reino Unido de la UE. Entre junio de 2016 y diciembre de 2019, el Reino Unido experimentó una profunda crisis política y social. El drama en torno a cómo –y si– aplicar el resultado del referéndum se apoderó no solo de los medios de comunicación del país, sino también de una parte considerable de su ciudadanía. El pulso constituyente entre *leavers* y *remainers*, entre partidarios de la salida y partidarios de la permanencia, alcanzó su apoteosis con la llegada de Boris Johnson a Downing Street en el verano de 2019. Como pieza de teatro político, la decisión del Tribunal Supremo, dictada impasiblemente por Lady Hale, anulando el cierre del Parlamento británico por parte del ejecutivo es insuperable en su dramatismo. Solo un segundo referéndum sobre la pertenencia a la UE –en todos los sentidos excepto en el nombre– pudo resolver el punto muerto constitucional, político y social. Este fue el verdadero significado político de las elecciones generales de diciembre de 2019. Ganadas por los conservadores de Johnson con una amplia mayoría, las elecciones pusieron fin a años de disputas sobre si el Brexit llegaría verdaderamente a producirse. Mirando hacia atrás, y pensando en lo mucho que el Reino Unido se había convertido en un Estado-miembro desde que se unió a la Comunidad Europea en 1973, lo más notable sobre el Brexit es que pudiera hacerse realidad.

Brexit en el vacío

Si McKibbin estaba en lo cierto en cuanto a la centralidad de la UE para la coherencia del Estado británico, la salida del Reino Unido de la UE no podía sino desencadenar un profundo desmoronamiento del *statu quo* institucional. Seis años después, ¿cómo ha modificado el Brexit el Estado británico y su vida política? ¿Cuáles son los contornos emergentes de lo que podríamos llamar el Estado del Brexit?¹⁵ Aquí nos enfrentamos a otro enigma. Existe una sensación tangible del legado político e institucional del Brexit, pero no cabe duda de que se trata de una pálida imitación de todo lo prometido en la campaña de 2016 por los partidarios del mismo. El Brexit tenía el aroma de un auténtico acontecimiento revolucionario y, *al mismo tiempo*, se asemejaba a una versión a más temperatura del

¹⁵ El término «Estado del Brexit» procede de Chris Lord, «Conflicting Sovereignties and the sustainability of the Brexit state», en Julia Rone *et al.* (eds.), *Sovereignty Conflicts: Political, Constitutional and Economic Dilemmas in the EU*, Londres, 2023.

referéndum constitucional sobre la UE celebrado en Francia en 2005, una votación que parecía trascendental pero que cayó rápidamente en el olvido. Podemos entender este rompecabezas, si reflexionamos sobre el impacto que tuvo la condición de Estado-miembro sobre la clase política británica y sobre la agencia política en general.

Los contornos del Estado del Brexit empezaron a aparecer en la segunda mitad de 2019. Con Johnson en Downing Street y Dominic Cummings como su asesor más cercano, empezaron a soplar vientos de cambio. No debemos olvidar lo radical que fue el gobierno de Johnson en el corto espacio de tiempo que transcurrió entre su nombramiento como primer ministro en julio de 2019 y el inicio de la pandemia de la COVID-19 en marzo de 2020. Para ello fue fundamental el programa político con el que ganó las elecciones de diciembre de 2019 y la revolución institucional en la que se embarcó Cummings. La promesa de Johnson de «igualar hacia arriba» –y su triunfo electoral en el corazón septentrional del Partido Laborista– sugería la traducción del voto a favor del abandono de la Unión Europea en diversas políticas públicas dirigidas entre otras cosas a hacer frente a la división Norte-Sur constitutiva del Estado británico moderno¹⁶. A partir de su promesa de culminar el Brexit –«*Get Brexit Done*»–, también diseñó una nueva coalición electoral para el Partido Conservador, que dependía tanto de los votos de la clase trabajadora del norte como de los prósperos *Home Counties*. A ello se sumó la guerra de Cummings contra el «magma» de Westminster [«*Westminster blob*»], la burocracia inamovible e ineficiente que, en su opinión, era responsable de muchos de los males de Gran Bretaña.

Al mismo tiempo, las estructuras inherentes a la condición de Estado-miembro han conformado profundamente la salida del Reino Unido de la UE. Los políticos que gobiernan en los Estados-miembro de la UE se ven sistemáticamente infantilizados por las instituciones que habitan. La falta de rendición de cuentas se traduce en una evasión de responsabilidades por decisiones impopulares o erróneas. Como les gusta decir a quienes viven en la burbuja de Bruselas, los políticos nacionales dedican gran parte de su tiempo a «machacar a Bruselas» cuando las cosas no salen como ellos quieren, mientras se atribuyen victorias que no son suyas. Este tipo de evasión de responsabilidades, ahora firmemente sedimentada en los Estados europeos, no es precisamente la receta para una clase política eficaz.

¹⁶ Tom Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, Londres y Nueva York, 2021.

Las estructuras inherentes a la condición de Estado-miembro también se basan en la existencia de una marcada brecha entre los votantes y los políticos, lo que Peter Mair denominó «el vacío»¹⁷. Esto dificulta la adhesión duradera a cualquier tipo de proyecto político, ya que muchos votantes ven a los políticos con una mezcla de desconfianza y desdén. Desconectados de los votantes, los políticos demuestran una capacidad pasmosa para mirarse el ombligo y discutir dentro de los partidos; operan en una burbuja en la que el arribismo a corto plazo prima sobre todo lo demás. El Brexit tuvo una cualidad insurreccional debido a su desafío al *statu quo* y a la voluntad de los votantes de aceptar el riesgo y la incertidumbre. Pero los votantes del Brexit nunca fueron un grupo social unificado procedente de una única clase o cohorte demográfica y esta rebelión nunca cristalizó en una concepción política duradera. Dado que el referéndum fue reñido –52 contra 48 por 100–, cualquier estrategia sería para hacer efectivo el resultado necesitaba ganarse a un gran número de los partidarios de la permanencia movilizados. Tomarse en serio el Brexit debería haber significado crear, a partir de este cuerpo dispar de votantes, un movimiento comprometido con el potencial democrático del Brexit: ejercer el poder sin las limitaciones del mercado único y dejar clara la diferencia entre estar dentro y fuera de la UE en lo referido al abordaje de los arraigados problemas económicos y sociales del Reino Unido. Al mismo tiempo, una estrategia duradera ajustada al Brexit requería un cuidadoso equilibrio entre costes y beneficios, tanto económicos como constitucionales. Dado el estatuto y la historia de Irlanda del Norte en particular, no podían eludirse decisiones difíciles que alterarían el *statu quo*, lo que justificaba prestar especial atención a los detalles de cualquier acuerdo final con la UE.

Ni que decir tiene que no hemos tenido nada de eso. Es posible que Theresa May haya sido la que más se ha acercado a ellos con su Chequers Plan, un intento realista de asegurar el lugar del Reino Unido fuera de la UE, pero conservando algunos elementos del mercado único. Este planteamiento podría haber neutralizado la oposición al Brexit dentro del Reino Unido. Sin embargo, las divisiones británicas eran tan palpables y el liderazgo de May tan débil, que los líderes de la UE nunca consideraron seriamente la posibilidad del Chequers Plan. ¿Por qué transigir cuando existía la posibilidad de que una victoria electoral del partido propermanencia nos devolviera a la casilla de salida? La resistencia al

¹⁷ Peter Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy* [2013], 2ª ed., Londres y Nueva York, 2023.

resultado del referéndum de 2016 se concentró en el Partido Laborista, alentada por la campaña del People's Vote y mantenida viva por las profundas divisiones existentes en el seno de los conservadores. Entre 2016 y 2019 fue difícil que surgiera algo parecido a un Estado del Brexit, porque la política británica se vio envuelta en conflictos y debates sobre el significado mismo del Brexit.

El esbozo de un nuevo acuerdo posbrexit surgió por primera vez con el gobierno de Johnson, pero desde el principio estuvo marcado por una curiosa falta de conciencia de la gravedad de la situación. El propio Johnson fue incapaz de desprenderse de su superficialidad autodestructiva. Comprendió el significado político de las elecciones de 2019, pero ofreció una serie de concesiones a la UE que fueron la ilustración perfecta de cómo dar largas al asunto. Tres años después, sigue sin haber una solución a la cuestión del lugar de Irlanda del Norte dentro de la UE o dentro de la unión británica. Peor aún, la incapacidad para encontrar una solución al estatuto de Irlanda del Norte ha arrastrado otros asuntos políticos, realmente inconexos entre sí, que han quedado igualmente afectados por la problemática posbrexit, lo cual ha desencadenado una lenta campaña para devolver al Reino Unido a la órbita de la UE. El profundo personalismo del dúo Johnson-Cummings era la encarnación extrema de ese predominio del poder ejecutivo tan típico de los Estados-miembro. El propio Cummings no tenía ningún interés en poner en práctica su proyecto a través de las instituciones del Estado y la sociedad británicos. El suyo era un proyecto de arriba abajo que existía solo en su propia mente, que él consideraba singularmente brillante.

Faltaban la voluntad política, la capacidad de acción y la imaginación necesarias para construir un nuevo Estado del Brexit y esa ausencia era una consecuencia de la condición de Estado-miembro. El Partido Laborista se había comprometido con la pertenencia del Reino Unido a la UE, lo que lo convertía en un opositor activo de este proyecto político. El gobierno de Johnson contenía algo de lo necesario para trascender las instituciones propias de la condición de Estado-miembro, pero también era producto de ellas. La construcción del Estado del Brexit llevará tiempo. Lo que no está claro es si realmente hay apetito para ello en la clase política británica.

El caso más reciente de un proyecto político posbrexit, consistente en el intento abortado de Liz Truss de «Thatcherismo, parte II», ha demostrado hasta qué punto nuestra concepción de la política como una

actividad permanentemente limitada por una fuerza externa sigue firmemente arraigada. Una de las interpretaciones más comunes a izquierda y derecha del espectro político británico es que Truss y Kwarteng fueron derrotados por «el mercado», una constricción externa que los políticos ignoran por su cuenta y riesgo. Pero al igual que la UE no es una constricción *externa* para los gobiernos de los Estados-miembro, sino un acto de autolimitación voluntaria que expresa una relación *interna* constreñida entre políticos y votantes, la derrota de Truss se debió a constricciones políticas y sociales internas, todas ellas producto de decisiones políticas pasadas. La principal constricción era el modelo de crecimiento británico, basado en el endeudamiento público y privado como fundamento de sucesivas olas de consumo, procesos ambos lubricados por un mercado inmobiliario recalentado. Truss tiró de la alfombra bajo los pies de este modelo sin proponer nada en su lugar. Todos los que habían invertido en el futuro de la economía británica se echaron atrás.

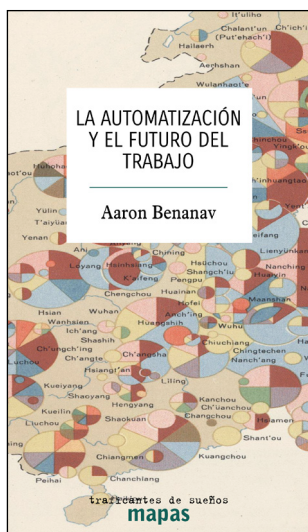
El legado de la condición de Estado-miembro persiste hoy en Gran Bretaña. Pensamos en la política como una lucha entre los políticos y «el mercado», así como antes pensábamos que era una lucha entre los políticos y las normas y reglamentos de la UE. Esto es lo que el ministro italiano del Tesoro, Guido Carli, llamó el *vincolo esterno*: el vínculo externo que determina la elaboración de la política macroeconómica, independientemente de la voluntad de los partidos políticos¹⁸. Los tecnócratas italianos han visto durante mucho tiempo a la Comunidad Europea y, más tarde, a la Unión Monetaria Europea como sendos mecanismos para liberar a Italia del mugriento mundo de la política partidista. La diferencia fundamental entre estar dentro y fuera de la UE es que, para los Estados-miembro, las limitaciones institucionales a la acción política son objetivamente muy reales. Para los Estados no miembros, el *vincolo esterno* sigue vigente como una disposición y una actitud subjetivas, un hábito y una forma de concebir la acción política. Es posible superarlo, pero llevará tiempo y esfuerzo. Sobre todo, requerirá la unión de la sociedad y la clase política, un cierre del «vacío» que caracteriza a nuestras sociedades industriales avanzadas. El Brexit no garantiza este cierre, pero lo convierte en una perspectiva mucho más realista.

¹⁸ Para más detalles, véase Kenneth Dyson y Kenneth Featherstone, *The Road to Maastricht: Negotiating Economic and Monetary Union*, Oxford, 1999, capítulo diez.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



La automatización y el futuro del trabajo

Aaron Benanav

Colección: map 67

PVP: 16 €

En *La automatización y el futuro del trabajo*, Aaron Benanav analiza las tendencias económicas que están dando forma a nuestra vida laboral. Lo que nos descubre no es tanto un mundo en el que la tecnología sustituye rápidamente al empleo cuanto una crisis de inversión provocada por la escasa rentabilidad de la industrial a nivel global (por un gigantesco exceso de capacidad y competencia) y del sector servicios, que nunca ha destacado por su productividad. La economía crece lentamente, interrumpida por periódicas recesiones, y lo que se ofrece a la fuerza de trabajo mundial es empleo precario, poco remunerado y a menudo en el sector informal. Frente a este panorama en el que conviven la promesa tecnológica incumplida y el subempleo de masas, Benanav se pregunta acerca de qué movimientos sociales resultarán necesarios para impulsarnos hacia un mundo posescaez y de seguridad material generalizada. En respuesta a exigencias como la de la renta básica universal, que apenas llegaría para mantener este ejército creciente de trabajadores subempleados, Benanav nos ofrece una contrapropuesta.